

LA HIJA REBELDE DE SIÓN

Hannah Arendt sobre Palestina y la política judía

La reputación de Hannah Arendt, tanto durante su vida (1906-1975) como posteriormente, ha estado basada fundamentalmente en *The Origins of Totalitarianism* (1951) y *Eichmann in Jerusalem* (1963); quizá complementada para un lector más especializado, con *The Human Condition* (1958). El primer libro, que la lanzó a la fama, sigue siendo un trabajo enormemente poderoso pero desigual, carente de una visión general introductoria o de un enunciado metodológico. Aunque inicialmente fue concebido, durante la Segunda Guerra Mundial, como un análisis del «imperialismo racial», Arendt cambió de opinión varias veces sobre su forma general; los sorprendentes y originales capítulos iniciales sobre el antisemitismo y el imperialismo estaban casi terminados dos años antes de que decidiera —en 1948, en el apogeo de la Guerra Fría— redactar el largo capítulo final sobre «totalitarismo», en el que equiparaba comunismo y fascismo. El segundo libro, su informe sobre el juicio de Adolf Eichmann, le hizo ganar una clase de notoriedad diferente junto a la virtual excomunión de Israel, y demostró el coraje intelectual del que hizo gala toda su vida.

Lo que había quedado en gran parte oculto hasta ahora es el conjunto de su obra sobre antisemitismo, la política judía y el proyecto sionista, escrita principalmente durante las décadas de 1930 y 1940, mucho antes de que apareciera *Eichmann in Jerusalem*. La publicación de *The Jewish Writings*¹ permite al lector la reconstrucción detallada de la evolución histórica de sus ideas sobre el sionismo, siendo probablemente la mejor de las obras que produjo, la más concreta, juiciosa, poderosa y profética. La mitad del material nunca había aparecido con anterioridad en inglés y una quinta parte permanecía inédita. La variedad es impresionante, tanto en términos de género literario como de temas; hay extensos ensayos académicos, cortas intervenciones periodísticas, largos artículos de revistas, do-

¹ Hannah Arendt, *The Jewish Writings*, Jerome Kohn y Ron Feldman (eds.), Nueva York, 2007; más adelante consideraremos la pertinencia del título de la colección. Mantengo la ortografía de «antisemitismo» de Arendt, basada en el hecho, señalado por el editor, de que «nunca hubo un ideología o un movimiento llamado “semitismo”, lo que convierte “antisemitismo” y sus términos cognados en poco apropiados». Véase H. Arendt, *The Jewish Writings*, cit., p. xxxiii.

cumentos de conferencias, cartas y entrevistas. En cuanto a los temas tratados, Arendt aborda la historia del judaísmo europeo, la política sobre Oriente Próximo y el genocidio judío. Los textos escritos originalmente en alemán o francés aparecen en una excelente traducción inglesa. La recopilación representa un avance cuantitativo y cualitativo sobre la única selección anterior de estos trabajos, publicada en 1978 por uno de los actuales editores y agotada desde hace mucho tiempo². En definitiva, es una gran ampliación de nuestro conocimiento sobre el pensamiento y la obra de Arendt.

De Königsberg a París

Arendt se aproximó relativamente tarde al tema de *The Jewish Writings*. Como es conocido, le había dicho a Karl Jaspers que en su juventud «encontraba la así llamada “cuestión judía” bastante aburrida»³. Podría decirse que hasta 1933, cuando cumple veintisiete años, no empezó a cristalizar realmente su pensamiento político alrededor de estos temas. De niña, aunque «mi madre me hubiera dado unos buenos azotes si hubiera tenido alguna razón para pensar que yo renegaba de ser judía», el asunto nunca fue un «tema de discusión». El secular ambiente de la clase media judía en Königsberg, en el que Arendt creció, antes y después de la Primera Guerra Mundial, había sido relativamente seguro; la clase trabajadora judía vivía al sur, al otro lado del río y las dos comunidades apenas se mezclaban. Sus padres, socialdemócratas, no eran religiosos ni convencionales. El padre, un humanista aficionado que trabajaba para una compañía de ingeniería eléctrica, murió de sífilis cuando Arendt tenía siete años. Su madre había estudiado música en París, y su fuerza de carácter resulta evidente en las instrucciones que dio a sus hijos sobre cómo responder a los comentarios antisemitas: si estos procedían de los profesores, Hannah tenía que abandonar el colegio inmediatamente y dar cuenta en casa del incidente para que su madre enviara rápidamente una carta de queja; si el menosprecio venía de sus compañeros, tendría que resolverlo por sus propios medios y no pronunciar una palabra sobre ello en casa: «una debe defenderse por sí misma!»⁴.

Estudia filosofía en las universidades de Heidelberg y Marburg, primero con Heidegger, y después con Jaspers, y mientras se ve envuelta en una serie de asuntos amorosos, Arendt opta por una tesis sobre el concepto de amor trascendental en el pensamiento de San Agustín. Como le diría a Gershom Scholem, en la época del juicio a Eichmann, en respuesta a su comentario despectivo de que «ella procedía de la izquierda alemana», «de joven no estaba interesada ni por la historia ni por la política. Si puede de-

² H. Arendt, *The Jew as Pariah. Jewish Identity and Politics in the Modern Age*, Ron Feldman (ed.), Nueva York, 1978.

³ Carta a Karl Jaspers, 7 de septiembre de 1952.

⁴ Elisabeth Young-Bruehl, *Hannah Arendt. For Love of the World*, New Haven, 1982, pp. 10-11.

cirse que “vengo de alguna parte”, es de la tradición de la filosofía alemana⁵. Su aproximación inicial a la cuestión judía fue a través de la crítica de la asimilación a la que, como dijo a Jaspers, «Kurt Blumenfeld me abrió los ojos». Blumenfeld, un compañero de Königsberg y portavoz de la Organización Sionista Alemana, fue uno de los muchos carismáticos hombres mayores con los que mantuvo estrechas relaciones. Se encontraron por primera vez en 1926 cuando él vino a Heidelberg para hablar a un grupo de estudiantes judíos entre los que se encontraba Arendt. En 1929 ella empezó un estudio sobre la Ilustración alemana que acabó centrándose en la voluminosa correspondencia que mantuvo en la década de 1790, la *salonnière* judía Rahel Varnhagen, la brillante y emancipada hija de un comerciante de diamantes berlinés, interlocutora y anfitriona de Goethe, Schlegel, los Humboldt y otros: los primeros once capítulos de su biografía *Rahel Varnhagen. The Life of a Jewish Woman*, son sumamente autobiográficos y tratan tanto de la pasión, la existencia y la interioridad como de los dilemas de la asimilación entre alemanes y judíos.

Fue el auge del nacionalsocialismo y la sombría situación política en Alemania desde 1930, lo que la llevó a abordar específicamente la cuestión judía, mientras seguía trabajando, en la Biblioteca Estatal de Prusia en Berlín, en la biografía de Rahel Varnhagen. La recopilación que hacen Kohn y Feldman en *The Jewish Writings* comienza con tres artículos de este periodo, escritos para la revista berlinesa *Jüdische Rundschau* y para una publicación de historia judío-alemana: dos de ellos se centran en la Ilustración y el tercero defiende la creación de escuelas judías no excluyentes ni privadas, para los niños que estaban siendo expulsados del sistema educativo alemán. De Blumenfeld había aprendido las diferentes tendencias del movimiento sionista, personificadas en las reacciones radicalmente diferentes de Theodor Herzl (1860-1904) y Bernard Lazare (1865-1903) al antisemitismo del asunto Dreyfus; y la llamativa distinción que hacía Lazare entre dos tipos modernos de judíos, los advenedizos y los parias (conscientes). En contraste con la política de Herzl de éxodo hacia una patria judía, y su búsqueda del apoyo de las elites para alcanzarla, un objetivo para el cual (como proféticamente señalaba a principios de la década de 1900), «los antisemitas serán nuestros incondicionales amigos», para Lazare, como más tarde señalaría Arendt:

[...] la cuestión territorial era secundaria. Lo que él buscaba no era huir del antisemitismo, sino una movilización del pueblo contra sus enemigos [...] no estaba buscando protectores más o menos contrarios al antisemitismo, sino auténticos camaradas de armas a los que esperaba encontrar entre todos los grupos oprimidos de la Europa contemporánea⁶.

⁵ H. Arendt, «The Eichmann Controversy. Letter to Gershom Scholem, July 24th 1963», en *The Jewish Writings*, cit., p. 466.

⁶ H. Arendt, «Herzl and Lazare», 1942, *ibid.*, pp. 338-342.

Esta era la tradición hacia la que ahora se encaminaba Arendt. En la década de 1930, la bancarrota de cualquier estrategia de asimilación de los judíos europeos se había puesto lúgubramente de relieve: «en una sociedad hostil por completo a los judíos, solamente es posible asimilarse asimilando también el antisemitismo»⁷. Al mismo tiempo, un modelo sionista basado en «la filantrópica dominación» de los judíos ricos, los advenedizos, sobre sus hermanos marginados más pobres tenía que combatirse con el ideal más igualitario de Lazare: una república de «parias conscientes».

Pero la necesidad política más acuciante era defender al pueblo judío. En 1933, después de haber sido arrestada brevemente por recoger evidencias materiales del antisemitismo para el grupo de Blumenfeld, huye a París donde empieza a trabajar con Aliyat Hano'ar, una organización sionista que ayudaba a los jóvenes judíos europeos a trasladarse a Palestina, y durante un breve periodo para la baronesa Germaine de Rothschild⁸. Allí, en la primavera de 1936, se encuentra con Heinrich Blücher, con quien compartiría el resto de su vida. En aquel momento Blücher era un revolucionario comunista, una mente berlinesa independiente y curtida que a los diecinueve años había participado en los consejos de soldados de 1918 y en el levantamiento espartaquista. Había sido un estrecho camarada de Heinrich Brandler en el KPD durante la década de 1920, moviéndose en círculos de vanguardia, y en 1934 había huido de Berlín sin documentos de identidad. Su relación tendría un impacto transformador en el pensamiento político de Arendt⁹. Su alcance puede comprobarse comparando el intercambio de cartas en agosto de 1936, parcialmente citado en el prólogo de Kohn, cuando la pareja se conocía desde unos meses, con los textos que Arendt escribiría a partir de entonces. Al principio, a los agudos planteamientos de Blücher sobre la cuestión judía:

El pueblo judío debe mostrarse orgulloso y no pedir regalos. Su burguesía lo corrompe, especialmente sobre Palestina donde quiere que le regalen un país entero. Pero nadie te regala un país de la misma manera que nadie te regala una mujer, ambos hay que ganárselos [...] ¿Pedir un país, un país entero de regalo, a un gángster que lo primero que tiene que hacer es robarlo? ¿Terminar por ser una valla protectora para la rapiña inglesa? Bien es verdad que en los tiempos bárbaros podías obtener una mujer de esta manera, pero con ella también obtenías su desprecio total y su insaciable odio [...] En vez de eso, unamos

⁷ H. Arendt, *Rabel Varnbagen. The Life of a Jewish Woman*, Nueva York, 1974, p. 224; citado en Young-Bruehl, *Hannah Arendt*, cit., p. 92.

⁸ La biografía de Arendt de Young-Bruehl, dice: «la acción caritativa favorita de Germaine de Rothschild era un hogar para niños, y Arendt preparaba sus visitas. Le gustaba aparecer con sus joyas y sedas, del rojo de los Rothschild, con su limusina llena de juguetes y caramelos, con la romántica teoría de que los niños sentirían que habían asistido a un milagro». E. Young-Bruehl, *Hannah Arendt*, cit., p. 135.

⁹ Como dice Arendt en su ensayo sobre Rosa Luxemburg y Leo Jogiches: «nunca sabremos cuantas ideas de Rosa Luxemburg se derivan de Jogiches; en los matrimonios no es siempre fácil separar los pensamientos de la pareja», H. Arendt, *Men in Dark Times*, Nueva York, 1968, pp. 45-46; citado en E. Young-Bruehl, *Hannah Arendt*, cit., p. 135.

nuestras fuerzas con los obreros y trabajadores árabes para liberar la tierra de los saqueadores ingleses y de la burguesía judía que es su aliado. Entonces recibiréis vuestra parte y los revolucionarios de todo el mundo os la garantizarán. Esta es la política materialista de los trabajadores.

Arendt había replicado con un sionismo relativamente convencional, ignorando a los árabes y expresando las reclamaciones sobre Palestina en términos bíblicos, si bien mediatizados por el idealismo alemán:

Palestina. Por Dios que desgraciadamente estás en lo cierto. Pero si estamos reclamando la conquista frente al regalo, entonces me parece que una campaña militar contra la ciénaga, la malaria, el desierto y la piedra, que es lo que parece nuestra Tierra Prometida, también resulta bastante recomendable. Si queremos convertirnos en un pueblo único, ningún viejo territorio que la revolución mundial algún día quiera regalarnos nos sería de mucha utilidad. Porque lo mires como lo mires, esa tierra está irremisiblemente atada a nuestro pasado. Palestina no está en el centro de nuestras aspiraciones nacionales porque hace dos mil años vivieran allí unas gentes de quienes, de una manera u otra, se supone que somos descendientes, sino porque durante dos mil años el más loco de todos los pueblos se tomó la molestia de conservar el pasado en el presente, porque para él, «las ruinas de Jerusalén están, como tu dirías, enraizadas en el corazón del tiempo» (Herder)¹⁰.

Sin embargo, durante los años siguientes, Arendt no sólo acabaría los capítulos finales de su trabajo sobre Rahel Varnhagen (como le decía a Jaspers, «el final del libro lo redacté de muy mal talante en el verano de 1938, Blücher y [Walter] Benjamin no me dejaron en paz hasta que lo hice»), sino también el monumental aunque inacabado ensayo «Antisemitism», que se publica por primera vez en *The Jewish Writings*. Es evidente que había concebido este manuscrito como un libro, porque después de unas 40.000 palabras acaba en un frase que dice «en el siguiente capítulo veremos...». Kohn sugiere que estuvo trabajando en «Antisemitism» en París desde 1938 hasta mayo de 1940, cuando fue internada durante varios meses como aliada del enemigo¹¹. Aunque el texto, escrito en alemán, comparte título con la primera de las tres partes que forman *The Origins of Totalitarianism*, hay grandes diferencias entre ambos. El análisis del segundo trabajo es mucho más difuso, mezclando la perspicacia psicológica y el retrato sociológico de conocidos personajes como Disraeli, Proust, y los partidarios de Dreyfus, con un relato del auge del imperialismo a finales del siglo XIX y principios del XX.

¹⁰ H. Arendt, *The Jewish Writings*, cit., p. xviii; *Within Four Walls. The Correspondence between Hannah Arendt and Heinrich Blücher, 1936-1968*, pp. 16-17, 20-21.

¹¹ H. Arendt, «Prefacio», *The Jewish Writings*, cit., p. xix. Arendt fue convocada con otras mujeres extranjeras en el Vélodrome d'Hiver, el 15 de mayo de 1940, y desde allí fue trasladada a un campo de internamiento en Gurs, en el sur de Francia. En medio del caos burocrático que siguió a la caída de Francia en junio de 1940, ella y otras internas encontraron la oportunidad de escribir sus propios documentos de liberación. E. Young-Bruehl, *Hannah Arendt*, cit., p. 155.

El judaísmo europeo

Por el contrario, el primer «Antisemitism» es completamente diferente en contenido y forma. El texto es un examen rigurosamente histórico de la cuestión judía en Europa centrado esencialmente en Alemania desde la Edad Media, pasando por el surgimiento del Estado absolutista de principios de la era moderna, hasta llegar a la actualidad. Arendt rechaza las hipótesis sobre las que se basan las explicaciones tanto de los partidarios de la asimilación como del sionismo nacionalista, sosteniendo que en el fondo no son tan diferentes. El relato sionista «despoja la relación entre los judíos y su nación anfitriona de su historicidad y lo reduce a un juego de fuerzas (como las de la atracción y repulsión) entre dos sustancias naturales»; las diferencias entre los dos son del 100 por 100. Los historiadores que defienden la asimilación, por otra parte, «optan igualmente por asumir sin ninguna crítica la correspondencia al 100 por 100 entre los judíos y su nación anfitriona [...] los judíos alemanes eran alemanes y nada más». Sin embargo, a finales de la década de 1930, estos «alemanes y nada más», solamente podían disfrutar de los derechos legales y civiles que sus anfitriones les concedieron en 1869, siempre que pudieran probar que ninguno de sus abuelos era judío. Arendt comenta: «la asimilación no era capaz de explicar como las cosas podían haber empeorado tanto, y para los sionistas todavía permanece sin resolver el hecho de que las cosas pudieron haber marchado mejor»¹². Ninguno de los dos relatos logra alejarse del campo del antisemitismo.

La respuesta de Arendt fue una inflexible historización del antisemitismo mediante el anclaje de sus manifestaciones en contextos sociales concretos. Se mostraba completamente opuesta tanto a cualquier noción de «esencia judía», como a cualquier esencia antisemita y a lo que en lenguaje actual se llama esencialismo. El contraste con su posición sionista «relativamente inmediata» de unos años atrás no podía resultar más notable. Un poderoso aspecto de «Antisemitism» es su utilización de la clase como categoría analítica autónoma, culminando en el siglo XIX con la lucha entre la nobleza *junker* y la burguesía alemana por el control del Estado absolutista. La obra refleja sin duda el impacto de sus discusiones con Blücher, que proporcionaban un entendimiento histórico del antisemitismo que se había convertido en la clave para ofrecer una alternativa intelectual tanto a la asimilación como al sionismo, ya que era una clave inexorablemente política. Arendt fue infatigable en la búsqueda de un rumbo para la acción política dirigida no a la desaparición de los judíos de las sociedades europeas dejando de ser judíos o emigrando, sino por el contrario a la participación en la mejora de esas sociedades y, en consecuencia, de la suerte de los judíos que vivían en ellas.

Aunque las persecuciones contemporáneas claramente tenían antecedentes antiguos, Arendt distinguía drásticamente entre el «odio a los judíos» medie-

¹² H. Arendt, «Antisemitism» [c. 1938-1939], *The Jewish Writings*, cit., pp. 50-51.

val y el surgimiento del antisemitismo moderno: el primero «trataba *sobre* los judíos y poco más», mientras que la historia del antisemitismo «esconde muchas otras tendencias», en las que los judíos no tienen necesariamente el papel principal. Difuminar esa distinción era «abstraer la cuestión judía del proceso histórico y destruir el terreno común donde se decide la suerte tanto de judíos como de no judíos»¹³. Para Arendt, antes de mediados del siglo xvii el judaísmo europeo entró en contacto con otros pueblos solamente con ocasión de «catástrofes y expulsiones». En el gueto, la vida económica estaba «limitada a los pequeños talleres y al comercio ambulante, mientras que unos pocos judíos ricos servían de agentes financieros en las cortes de los príncipes, actuando de intermediarios con el mundo exterior»¹⁴. Sin ninguna garantía ni protección de la ley, solamente podían hacer frente a los escarpados riesgos de prestar a otros –propietarios derrochadores, artesanos sin recursos, agricultores que hubieran perdido sus cosechas– cargando tipos de interés exorbitantes, asegurándose con ello la hostilidad de sus deudores. Como banqueros de las cortes, los dirigentes judíos más ricos podían en general mantener las relaciones con la realeza necesarias para garantizar la protección de la comunidad; aunque si algún príncipe caía en bancarrota, los judíos siempre podían ser expulsados y despojados de sus ahorros como medida para incrementar los ingresos.

Durante la Guerra de los Treinta Años, crecieron las oportunidades para el judaísmo europeo. Los Estados escasos de fondos se dirigieron a los judíos para desarrollar a lo largo de todo el continente redes financieras y de suministros militares; ropa, cereales, comercio de metales: «el judío Y podía pagar y entregar a los ejércitos que combatían lejos de sus hogares lo que el judío X le había prometido en su país natal». Durante el siglo siguiente, el auge del absolutismo asistió a una intensificación de las relaciones entre los dirigentes judíos y las burocracias reales: en las tierras alemanas, «el judío de corte del siglo xvii se convirtió en el acreedor de los Estados absolutistas del siglo xviii». La corte polaca invitó a los judíos a que fueran y sirvieran como recaudadores de impuestos, resguardando así a la nobleza del resentimiento de los empobrecidos campesinos. Si durante el siglo xviii los judíos todavía siguieron sufriendo expulsiones, ahora «tenían un carácter más político», no para robarles sus riquezas sino para «desviar la furia de la gente a la que otros chupaban la sangre». Arendt sostenía que los Estados absolutistas en proceso de modernización, se volvieron deliberadamente hacia los judíos para financiar las crecientes burocracias, y sostener los ejércitos que necesitaban para contrarrestar a las viejas aristocracias y a la creciente burguesía; estaban contentos de enfrentar a los proveedores judíos con los gremios artesanos para hacer prosperar el mercantilismo industrial. El absolutismo del siglo xviii benefició no sólo a los financieros judíos más ricos, a los que ahora se les podía otorgar derechos civiles y títulos

¹³ H. Arendt, «Antisemitism», *The Jewish Writings*, cit., pp. 70, 66.

¹⁴ Encarnando ya entonces esa «unión personal» de «la prominencia, filantropía y representación política» que tanto deploraba Arendt en el sionismo de Herzl.

«excepcionales» de carácter individual, sino a una capa más amplia de empresarios y comerciantes. En 1803, el 20 por 100 de los judíos prusianos estaban «protegidos» de alguna manera y a unos 3.000, entre los que se encontraba la familia de Rahel Varnhagen, se les había otorgado derechos de residencia en Berlín; ellos formaban lo que Arendt llamaba una «excepción colectiva», frente a las desprotegidas y empobrecidas masas judías de Prusia occidental y Posen¹⁵.

Asimilación y antisemitismo

Arendt sitúa en esta coyuntura la aparición del antisemitismo moderno, que viene paradójicamente anunciado por el triunfo de Napoleón, el emancipador de los judíos. Como reacción a su triunfo, la intelectualidad burguesa descubrió el patriotismo alemán que alimentó el temor a que los judíos pudieran sentirse tentados a apoyarle, mientras que la rendición de las provincias orientales privó a los judíos «excepcionales» de su necesario entorno social: los no excepcionales. Al mismo tiempo, la ascendente burguesía alemana incluía a los judíos en sus ataques a los terratenientes *juncker*. En palabras del periodista liberal Friedrich Buchholz, «la aristocracia está tan estrechamente ligada a los judíos que no puede continuar sin ellos». Los contraataques de la aristocracia tanto contra el creciente poder económico de la burguesía, como contra los movimientos liberalizadores del Estado entre 1806 y 1812 (que permitían la venta de tierras y suprimían regulaciones comerciales), acentuaron el papel de los judíos «protegidos» como beneficiarios de la mercantilización y aliados del Estado. Las polémicas de la aristocracia *juncker* contra la burguesía –promotora de la industrialización y de la especulación, opuesta a la artesanía y la agricultura, defensora de un materialismo craso contrario al orden divino y partidaria del mero talento frente a la honorabilidad– cohesionaron una alianza de granjeros, miembros de los gremios y pequeños comerciantes, todos ellos «sectores nostálgicos del pasado o necesariamente recelosos»¹⁶.

Desde el punto de vista de Arendt, la raíz del moderno antisemitismo alemán se encontraba en los éxitos de la nobleza *juncker* en presentarse a sí misma, en vez de la burguesía, como la personificación del Estado-nación en ciernes. La nobleza *juncker* no solamente «representaba» a la burguesía como todo lo que ella misma no era, sino que fundamentalmente prevalecía sobre ella para hacerla internalizar esa «representación» como una descripción verdadera, alienando en sí mismo al propio ciudadano burgués. El paso final fue que la burguesía, para poder liberarse de ese retrato, lo proyectó sobre los judíos. «La maliciosa descripción [que hace la nobleza *juncker*] de la burguesía es la fuente histórica de prácticamente todos los argumentos antisemitas»; Arendt afirma:

¹⁵ Véase H. Arendt, «Antisemitism», *The Jewish Writings*, cit., pp. 71, 76, 77 y 86.

¹⁶ *Ibid.*, p. 107.

[...] lo único que faltaba era [...] trasladarla a los judíos. Esto se demostró relativamente fácil de hacer y en un principio simplemente se concibió como la difamación final: el burgués en realidad no es diferente del judío. Para ello solamente hacía falta afirmar que ganarse la vida mediante el usufructo y el interés era equivalente a la usura: el burgués no era otra cosa que un judío y un usurero. La única gente con derecho a obtener ingresos al margen del trabajo eran aquellos que ya poseían riquezas. La «salvaje ambición» desatada por la libertad de comercio no produce otra cosa que arribistas sociales; y nadie se eleva desde mayores profundidades sociales que el judío¹⁷.

Y añade a modo de conclusión:

Lo que se demostró peligroso para los judíos no fue el odio, históricamente determinado, de la aristocracia hacia los financieros del Estado moderno, sino que razonamientos y características hechos a medida de otra gente totalmente diferente, acabaron por caer sobre ellos [...] La verdadera desgracia ideológica del judaísmo alemán, por decirlo así, fue que la aristocracia prusiana tuviera éxito a la hora de grabar estas categorías y estos juicios en la cabeza del ciudadano burgués alemán hasta hacerle sentirse avergonzado de sí mismo. Porque al final, el destructivo autodesprecio de los liberales dio origen al odio a los judíos, la única manera por la que podían distanciarse de sí mismos, de desviar las calumnias hacia otros que aunque no se consideraban a sí mismos como la «burguesía», se vieron obligados a ser su representación al 100 por 100¹⁸.

Estrategias más allá del sionismo

Aunque el ensayo sin publicar «Antisemitism» queda inacabado, los ímpetus políticos que había en él adquieren una forma más concreta cuando Arendt, instalada con Blücher en Nueva York desde mayo de 1941, empezó a terciar en las estrategias sionistas y en el Mandato Británico sobre Palestina. *The Jewish Writings* recoge cerca de veinte artículos escritos entre 1941 y 1948, muchos de ellos sustanciosos ensayos sin publicar, así como varias docenas de reseñas que escribió en su columna quincenal en *Aufbau*, un semanario en lengua alemana editado en Nueva York. Fue aquí donde recogía el 19 de junio de 1942, bajo el título «No habrá una sola *kadish* para ellos», el anuncio de Goebbels de que el exterminio de los judíos en Europa iba a empezar; atacaba a la Agencia Judía por su colaboración con los mecanismos de desplazamiento del gobierno nazi desde 1934; y hacía un llamamiento para la creación de un ejército judío que combatiera con los aliados.

Arendt continuó manteniendo la opinión de que el mérito del sionismo era ver a través de la decepción producida por el fracaso de la asimilación: las

¹⁷ *Ibid.*, p. 108.

¹⁸ *Ibid.*, p. 109. Arendt quizá podía haber llevado más lejos el razonamiento, comparando la descripción que hacía la nobleza *junker* del ciudadano burgués, con la descripción que hacen Herzl o Nordau del judío.

identidades judías no podían ni debían disolverse entre las ciudadanías que la rodeaban en los diversos Estados-nación europeos. Pero las políticas formuladas sobre la base de la premisa contraria, esto es, la teoría «completamente ahistórica» de una esencia judía inalterable, se habían demostrado desastrosas. En «Antisemitism» había denunciado con rotundidad el sionismo «como una traición a las masas judías del Este de Europa» y «vasallo del imperialismo británico», señalando la bancarrota de una «pequeña burguesía perseguida por los pogromos y reducida a la pobreza en el Este y de una burguesía muy amenazada en el Oeste». En 1941, en la columna de *Aufbau*, calificaba de «peligrosa locura» la declaración de Chaim Weizmann de que la respuesta al antisemitismo era intensificar la *Yishuv*. Unos años después señalaba la satisfacción de Herzl ante las masacres de Armenia, («esto me será útil con el Sultán») y su «odio ciego hacia todos los movimientos revolucionarios como tales, junto a una fe igualmente ciega en la bondad y estabilidad de la sociedad de su tiempo»¹⁹.

¿Cuál era su alternativa? Desde 1940, Arendt sostuvo que la solución política, no-sionista, adecuada para la cuestión judía sería una federación europea, donde los judíos serían una nación entre otras con representación en un parlamento común: «nuestro destino solamente puede unirse al de otros pequeños pueblos europeos»; un asentamiento en Palestina podría ser también factible, pero solamente si formaba parte de alguna clase de comunidad europea²⁰. Sobre el principio de una federación nunca se había mostrado vacilante; se basaba tanto en el rechazo del Estado-nación, como de las «minorías» dentro de él, y había recibido elocuente expresión histórica en *The Origins of Totalitarianism*, entre otros textos. Históricamente, su visión del papel de los judíos podía ser considerado (aunque realmente ella no fuera consciente de ello) como una réplica virtual de la solución que Otto Bauer proponía para el Imperio austro-húngaro en *La cuestión de las nacionalidades y la socialdemocracia*; mientras que su predicción de una federación europea equipada con su propio parlamento ha sido considerablemente reivindicada, al margen de lo lejos que esté la UE de semejante unión federal. Esa visión también refleja su larga relación con Bernard Lazare. En oposición al sionismo herlziano, Lazare apoyaba la existencia de «naciones dentro de la nación», una estructura dentro de la cual los judíos podrían encontrar su lugar como colectivo sin necesidad de emigrar ni de asimilarse. Aunque Arendt, no se adhería a una visión del mundo anarquista, los escritos de Lazare continuaban inspirando su crítica del Estado-nación del siglo XIX y del sionismo nacionalista burgués de Herzl.

Durante la Segunda Guerra Mundial, mientras continuaba apoyando el ideal de una federación europea, Arendt también observó las federaciones exis-

¹⁹ Véase H. Arendt, «Antisemitism», «Ceterum Censeo...» [1941], «Zionism Reconsidered» [1944], *The Jewish Writings*, cit., pp. 55-56, 57-59, 143, 363, 381.

²⁰ H. Arendt, «The Minority Question» [1940], *The Jewish Writings*, cit., pp. 130, 133.

tentes porque las considera modelos que podían ilustrar de diferentes maneras, la clase de solución que ella tenía en la mente. En un texto previamente inédito de 1943, «The Crisis of Zionism», aborda tres de estas federaciones: la Commonwealth británica, la Unión Soviética y Estados Unidos. El texto, que quizá estuviera originalmente destinado a Blücher o Blumenfeld, fue escrito en parte como respuesta al llamamiento de Judah Magnes, presidente de la Universidad Hebrea, a favor de un Estado Palestino binacional dentro de una federación árabe, en su momento incluida dentro de una alianza anglo-estadounidense. Arendt rechazó esta propuesta; la proximidad a los intereses imperiales angloamericanos en la declaración de Magnes, tenía demasiadas reminiscencias con la política sionista imperante, que como había señalado el propio Weizmann, «siempre hacía de la cooperación con el Imperio británico una piedra angular». Además, la forma binacional procedía de ideas anacrónicas sobre la soberanía del Estado, mientras que la utilización que hacía Magnes del término «federación», «mata de raíz su significado nuevo y creativo; mata la idea de que la federación está, en contraste con la nación, formada por diferentes pueblos con los mismos derechos». Contra esto, Arendt proponía las políticas sobre las nacionalidades de la Unión Soviética:

[...] hay muchos problemas sin resolver en la Rusia soviética y para empezar, en primer lugar, creo que ni siquiera los problemas económicos se han resuelto allí, al margen de la cuestión todavía más importante de la libertad política; pero hay una cosa que sí que hay que admitir: la Revolución rusa encontró una manera nueva por completo, y por lo que se ve hasta la fecha, una manera equitativa por completo, de abordar las nacionalidades o las minorías. El nuevo hecho histórico es que por primera vez en la historia moderna, la identificación entre nación y Estado ni siquiera se ha intentado²¹.

Su segundo ejemplo era Estados Unidos, «no solamente el gobierno de unos Estados Unidos sino también de unos pueblos Unidos»²². Pero era el modelo británico el que le resultaba más real aunque ambiguo, dada su desconfianza del papel del imperialismo británico en la región. De esta manera pudo concebir en *Aufbau* el conjunto del Oriente Próximo incluido en una Commonwealth británica, en la que judíos y árabes tendrían los mismos derechos dentro de Palestina, aunque no, como hemos observado, mediante un Estado binacional. Otra alternativa era que Palestina formara parte de una federación mediterránea, en la que incluía a Italia, Fran-

²¹ H. Arendt, «The Crisis of Zionism» [1943], *The Jewish Writings*, cit., pp. 336, 344-345. Sus actitudes sobre esta cuestión cambiaron significativamente durante la década. Escribiendo en *Aufbau* en 1942, había elogiado a la URSS como la primera sociedad en el mundo donde los judíos estaban «legal y socialmente “emancipados”, es decir, reconocidos y libres como una nacionalidad». En 1950, con el comienzo de la Guerra Fría, se refería al peligro de una Pax Soviética en Oriente Medio. Véase H. Arendt, *The Jewish Writings*, cit., pp. 173, 427.

²² H. Arendt, «Crisis of Zionism», *The Jewish Writings*, cit. p. 335.

cia y España así como sus territorios en el norte de África, y eventualmente a otros países europeos y al resto del Oriente Próximo, acercando a los árabes a una unión con los europeos²³.

La advertencia de Cassandra

En retrospectiva, «The Crisis of Zionism», puede leerse como un prelude a su sobresaliente ensayo de 15.000 palabras, «Zionism Reconsidered», publicado por primera vez en *Menorah Journal* en octubre de 1944. El ensayo fue escrito como respuesta al Congreso de la sección estadounidense de la Organización Sionista Mundial celebrado en Atlantic City, que exigía un Estado judío que abarcara «toda Palestina, sin mermas ni divisiones». Arendt captaba con llamativa claridad el significado de esta victoria de la línea dura «revisionista»:

Este es un punto de inflexión en la historia del sionismo, porque significa que el programa revisionista, durante tanto tiempo repudiado a ultranza, se ha alzado finalmente con la victoria. Las resoluciones de Atlantic City van más allá del Programa Biltmore (1942), en el que la minoría judía concedía derechos políticos a la mayoría árabe. Esta vez, a los árabes simplemente no se les menciona en la resolución, lo que evidentemente les deja en la necesidad de elegir entre la emigración voluntaria o la ciudadanía de segunda clase²⁴.

En su opinión, las conclusiones de Atlantic City reflejaban «la arrolladora importancia del judaísmo y sionismo americano dentro de la Organización Sionista Mundial»²⁵. La resolución desvelaba «la unánime adhesión de todos los partidos sionistas» a metas finales, «cuya mera discusión todavía era tabú en la década de 1930», pero que según parecía, «solamente razones oportunistas habían impedido que fueran consagradas por el movimiento sionista»; el resultado era renunciar a cualquier oportunidad de diálogo con los árabes, dejando «la puerta totalmente abierta para que un poder exterior asumiera las riendas». Realmente, «los sionistas han hecho todo lo posible para crear ese “trágico conflicto” sin solución, que sólo puede finalizar cortando el nudo gordiano», aunque sería «muy ingenuo creer que semejante corte sería invariablemente a favor de los judíos», o «produjera una solución duradera»:

²³ H. Arendt, «Can the Jewish-Arab Question be Solved?» [1943], *The Jewish Writings*, cit., pp. 196-197. Ninguna de estas ideas, por supuesto, sobrevivió al final de la Guerra. Una vez que Palestina fue efectivamente dividida, Arendt, que en 1952 había rendido tributo a Magnes como «la conciencia del pueblo judío» aprobó su propuesta de una solución confederada para Palestina, dentro de una federación regional de Oriente Próximo, sin Gran Bretaña, pero potencialmente incluyendo (y aquí Arendt estaba respaldando una sugerencia del propio Abba Eban en un artículo publicado en *Commentary* en 1948) a Turquía e Irán así como a los Estados árabes. Véase «Peace or Armistice in the Near East?», *Review of Politics* (enero 1950); *The Jewish Writings*, cit., p. 446.

²⁴ H. Arendt, «Zionism Reconsidered», *The Jewish Writings*, cit., p. 343.

²⁵ *Ibid.*, p. 368.

[...] el nacionalismo ya es suficientemente malo cuando no confía en otra cosa que la fuerza bruta de la nación. Un nacionalismo que necesaria y abiertamente depende de la fuerza de una potencia extranjera, es todavía peor [...] los sionistas, si continúan ignorando a los pueblos del Mediterráneo y únicamente se preocupan de las grandes potencias lejanas, aparecerán solamente como sus instrumentos, los agentes de intereses hostiles y extranjeros. Los judíos que conozcan su propia historia deberían preocuparse de semejante estado de cosas que conducirá de manera inevitable a una nueva oleada de odio contra los judíos; el antisemitismo de mañana sostendrá que los judíos no solamente se benefician de la presencia en la región de estas grandes potencias extranjeras, sino que realmente la habían planeado y por ello son culpables de las consecuencias²⁶.

Era una política que ella mordazmente denunciaba como una vuelta a «los tradicionales métodos de *shtadlonus* [intercesión, presión]: los sionistas ahora «no conocían políticamente mejor lugar que los salones de los poderosos, ni base más firme para alcanzar acuerdos que sus buenos servicios como agentes de intereses extranjeros». Su esperanza era que «si el judaísmo palestino pudiera hacerse cargo de la vigilancia de los intereses de Estados Unidos en esa parte del mundo, la famosa sentencia del juez Louis Brandeis se haría verdad: tendrías que ser sionista para poder ser un auténtico patriota estadounidense»²⁷.

En otro extenso artículo escrito durante la Guerra de 1948, Arendt, denunciaba la masacre de Deir Yassin y los asesinatos de Jaffa y Haifa, como medidas deliberadas de terror del ala revisionista del sionismo para expulsar a las poblaciones árabes de Palestina. Arendt consideraba la construcción de una economía judía independiente, que había sido motivo de orgullo para la corriente dominante del laborismo sionista, una maldición que hacía posible la expulsión de los árabes, «casi el 50 por 100 de la población del país», sin que ello ocasionara pérdidas para los judíos²⁸. En Oriente Próximo, rodeados por una gran población árabe, el resultado sólo podría ser una continua inseguridad interna. «Una casa que mi vecino no reconoce ni respeta no es una casa». El recién creado Estado de Israel iba a ser una tierra «bien diferente de la que ha soñado el judaísmo mundial, sionista o no sionista»; una sociedad armada e introvertida, en la que el «pensamiento político se centraría alrededor de la estrategia militar», degenerando en «una de esas pequeñas tribus guerreras sobre cuyas posibilidades e importancia, la historia nos ha documentado suficientemente desde los días de Esparta», dejando a los árabes como «exiliados sin hogar» y convir-

²⁶ *Ibid.*, pp. 343-345.

²⁷ *Ibid.*, pp. 367, 370.

²⁸ H. Arendt, «Peace or Armistice in the Near East?», *The Jewish Writings*, cit., pp. 444, 448. Aquí Arendt anticipaba lo que los estudiosos de los asentamientos coloniales, como Gershon Shafir y Patrick Wolfe sistematizarían medio siglo después: que en el proceso de formación de la fuerza de trabajo de un modelo puro de asentamiento colonial, desde Virginia o Nueva Inglaterra hasta Australia y el *kibbutzismo*, es la población indígena la que se vuelve sobrante.

tiendo el problema árabe en «el verdadero problema moral y político de la política israelí»²⁹.

La sección final de *The Jewish Writings* comprende cinco textos centrados alrededor de la controversia provocada por *Eichmann in Jerusalem*, entre ellos su famosa réplica a Gershom Scholem. Más inesperadas son las respuestas, inéditas hasta ahora, a unas preguntas previamente formuladas, aparentemente por la revista *Look* en 1963, sobre la reacción a su libro; podrían haber sido escritas en la actualidad, en el contexto de las hordas proisraelíes confabulándose en contra de cualquier opinión que se aparte del Decálogo Sionista:

No me sorprendió la «sensibilidad de algunos judíos», pero como yo misma soy judía, pienso que tengo todas las razones para no alarmarme por eso [...] Sin embargo, la violencia y especialmente la unanimidad de las opiniones expresadas por las organizaciones judías, con pocas excepciones, me ha sorprendido mucho. La conclusión a la que llego es que no lastimé simplemente la «sensibilidad» sino intereses creados, y eso no lo sabía antes³⁰.

Estructuraciones

En resumen, esta excelente recopilación proporciona no solamente una ampliación, sino una redefinición del pensamiento político de Arendt. Permanecerá muchos años como una fuente de referencia clave, no solamente para los estudiosos de la obra de Arendt, sino para cualquiera que se interese por el judaísmo europeo, la historia y la política sionista, la *Shoah* y muchas más cosas. Está publicada por Schocken, la editorial de la que fue directora desde 1946 hasta 1948, y donde aparecieron varios de sus libros. Los textos están convenientemente introducidos por el prefacio de Jerome Kohn, que identifica las diferentes fases en los escritos de Arendt sobre estas materias; la introducción de Ron Feldman es una leve revisión del ensayo que introducía *The Jew as Pariah*, hace treinta años, que afirma la orgullosa identificación de Arendt con el «paria consciente»; y se cierra con un afectivo epílogo de Edna Brocke, sobrina de Arendt. Una práctica historia de la publicación recoge apropiadamente la fecha, el lugar de publicación original o el carácter inédito, los títulos en idioma original, y las recopilaciones previas (por ejemplo en la edición de Feldman de 1978), de todos los textos. Esto es un servicio esencial, no sólo porque debido a la atención que ha recibido, muchos de los textos de Arendt han aparecido en más de una publicación, sino porque, quizá por la misma razón, muchos no han visto la luz en absoluto. La única omisión importante, una omisión lamentable, es el largo ensayo de 1942 «From the Dreyfus Affair to France Today», del cual *The Jewish Writings* (siguiendo la decisión de Feld-

²⁹ Véase H. Arendt, *The Jewish Writings*, cit., pp. 235, 396-397, 451.

³⁰ *Ibid.*, p. 477. Los editores no han podido encontrar esa entrevista o artículo alguno en *Look*.

man en *The Jew as Pariah*) reproduce solamente la sección final, «Herzl and Lazare». Merecería la pena ampliar esta recopilación para que incluyera el texto completo en cualquier reimpresión posterior.

Al organizar el material, los editores se han encontrado con algunas decisiones difíciles para las cuales no había probablemente una solución ideal. Sin embargo, agrupar los textos por décadas (la década de 1930, de 1940, etc.), dentro de las cuales la cronología resulta algunas veces confusa por una elección de alguna manera arbitraria del tema, hace más difícil de lo que debiera reconstruir el desarrollo de las ideas de Arendt sobre el sionismo, que realmente es el verdadero centro del libro; se deja que el lector realice el trabajoso esfuerzo de consultar textos y fechas anteriores y posteriores. Como resultado, el impacto acumulado de los explosivos escritos de Arendt sobre las políticas judías se ve debilitado al intercalarlos con ensayos sobre otras cuestiones del mismo periodo.

Casi sin duda, la división de los textos en cinco grupos diferentes habría proporcionado una mejor comprensión del pensamiento y la experiencia de Arendt. El primero habría incluido los tres artículos cortos escritos en Alemania antes de que los nazis se hicieran con el poder. El segundo, los seis artículos escritos en Francia después de su huida, y que culminan en el largo manuscrito inédito «Antisemitism». El tercero, tras su llegada a Estados Unidos, contaría con todos los textos políticos que se ocupan del sionismo y de Israel desde 1940 hasta 1952 en adecuado orden cronológico, es decir, desde «The Minority Question» y las columnas aparecidas en *Aufbau* hasta «Peace or Armistice in the Near East?», y «Magne, the Conscience of the Jewish People» (1952). Después de eso, un cuarto grupo podría haber contenido los otros ensayos o documentos «estadounidenses»: el texto completo de «The Dreyfus Affair to France Today» (1942), «The Crémieux Decree» (1943), la poderosa evocación existencial de «We Refugees» (1943) y «Creating a Cultural Atmosphere» (1947), de nuevo en su orden cronológico restaurado. Y finalmente, los textos sobre la *Shoah*, desde la crítica de Poliakov en 1952, a la demolición de Robinson en 1966.

Sobre judaísmo

En lo que se refiere al título de la recopilación, no va más allá del decoro historicista plantear la hipótesis de que la propia Arendt tal vez se hubiera sentido molesta por el término «judíos» contenido en *The Jewish Writings*. Si bien no se mostró reticente a proclamarse judía y aunque la moderna cuestión judía no jugó un papel desdeñable en su vida y en su obra, quizá Arendt se sentiría realmente desconcertada por la inclusión de sus pronunciamientos sobre estos temas políticos, históricos y culturales en el cajón de sastre de un adjetivo que una vez definió como «en todo caso, racial». En algunos aspectos, el título del volumen de Feldman predecesor de éste, *The Jew as Pariah. Jewish Identity and Politics in the Modern Age*, resulta más congruente con el trabajo y la vida de Arendt, así como más evo-

gador de su presentación de la *vita* de Varnhagen y de su deuda con Lazare. *The Jew as Pariah* describiría perfectamente el contenido del libro, la mayor parte del cual consiste en un tenaz análisis político de la historia contemporánea, en vez de reflexiones de la posición social u ontológica –real o ideal– de los judíos a través el tiempo. Dado que los editores, como demuestran sus propios ensayos, son ampliamente conscientes del pensamiento de Arendt sobre estos temas, el título parece reflejar la dominación contemporánea de las identidades políticas, especialmente en Estados Unidos; donde el sector organizado del judaísmo estadounidense constituye un grupo especialmente visible y vociferante. Arendt probablemente hubiera dicho que la realidad que esto pone en evidencia es equivalente a un triunfo del antisemitismo.

De hecho, uno de los rasgos más llamativos de esta recopilación es que hace patente qué poco interesada estaba Arendt en los problemas del «judaísmo» concebidos en sentido más estricto o convencional. No hay particularmente nada sobre la religión judía, al margen de una revisión más bien coja del libro de Scholem sobre Sabbatai Zevi, quizá motivada por un cierto deber hacia el mejor amigo de Benjamín. «Creating a Cultural Atmosphere» (1947) deja claro que ella no tenía una opinión demasiado elevada de las tradiciones judías, considerándolas básicamente teología más folklore, con unas cuantas voces disidentes no especificadas. Ella dejó de sentirse «aburrida por la cuestión judía», como indicó, a la vista del fascismo alemán, pero su planteamiento a partir de entonces fue totalmente político. El tema de los escritos de Arendt en este volumen no es tanto «lo judío», como las bases históricas del antisemitismo en Europa, las ilusiones de una asimilación burguesa y las locuras y crímenes del sionismo, desde la década de 1890 hasta la de 1960.

En este sentido, Scholem tenía razón al decir que Arendt no «amaba especialmente al pueblo judío», de la manera en que él y Golda Meir lo hacían. Meir le había dicho a Arendt que como socialista ella no creía en Dios, pero sí «en el pueblo judío». Otra forma de expresar esto sería decir que Arendt carecía no sólo del patriotismo cultural convencional que evoca Scholem, sino de cualquier predilección por la identidad. En *ese* sentido, la cuestión judía nunca dejó de aburrirla, estaba demasiado impregnada de la alta cultura alemana para que pudiera significar demasiado.

Considerándola históricamente, la obra de Arendt sobre el sionismo parece formar un episodio virtualmente autocontenido en su carrera, producto de su apasionado compromiso personal con la causa judía y de la influencia decisiva ejercida sobre ella por los textos de Bernard Lazare y por su relación personal con Heinrich Blücher. Lo que la llevó a un final inesperado fueron dos acontecimientos posteriores a la Segunda Guerra Mundial: la creación de un Estado sionista militarista y sectario en Israel, que acabó con sus esperanzas de una solución justa para la región, y la petrificación del Estado estalinista en Rusia, que condujo a Blücher a abandonar sus convicciones marxistas y a optar con ella por la versión liberal de

las posiciones características de la Guerra Fría³¹. Después de 1950, Arendt tuvo opiniones políticas, algunas de ellas erráticas y desencaminadas, otras valientes e incluso radicales, pero no una política coherente. Su informe sobre el juicio de Eichmann puede considerarse en algún sentido, una manera inconsciente de expresar su desencanto ante la forma en que se produjo la creación del Estado de Israel, pero como este desencanto no se preocupa de la suerte de los árabes, no puede considerarse realmente demasiado relacionado con sus primeros escritos sobre el sionismo.

Previsiblemente quizá, su creciente desenvolvimiento dentro del *establishment* político y cultural atlántico, aunque nunca dejó de ser crítico y podía ser satírico³² le hicieron ver las sucesivas guerras a través de los ojos de Estados Unidos. El ataque franco-anglo-israelí sobre Egipto de 1956 fue sin duda una empresa desacertada, aunque si había que hacerlo había que haberlo hecho bien: «lo considero una estupidez incomprensible», pero «la falta de coraje para realizarlo adecuadamente tanto técnica como militarmente», lo convirtió en una «catástrofe»³³. Nasser era un neofascista y cuando Israel desencadenó en 1967 la Guerra de los Seis Días, Arendt estaba tan emocionada por su destreza que un amigo la describía comportándose como una «novia de guerra»³⁴. «Los israelíes hicieron un trabajo maravilloso», «Dayan me gusta mucho», y «a Nasser había que colgarlo inmediatamente», le decía a Jaspers³⁵. En reacciones semejantes quizá haya una memoria desplazada de su campaña, en la década de 1940, a favor de un ejército judío.

Se debería decir de cualquier modo que nunca renegó de una sola línea de las que había escrito sobre el sionismo, como sus contemporáneos estadounidenses recuerdan sin duda; Clement Greenberg, después de todo había rechazado «Zionism Reconsidered» para *Commentary*, por considerarlo una sonora bofetada antisemita. Sus posteriores momentos de entusiasmo hacia las Fuerzas de Defensa Israelíes fueron más bien arrebatos de emociones privadas. Para Arendt, las opiniones unánimes siempre eran una cosa peligrosa. Al final, conservó lo que uno más valora de ella, la cualidad de una independencia intelectual que tan elocuentemente defendió en su réplica a Scholem:

³¹ Aunque en 1944 pudiera escribir sobre el fracaso del sionismo socialista para «hacer una crítica tan sólo a la burguesía judía no instalada en Palestina o para atacar el papel de las finanzas judías en la estructura política de la vida judía» en un contexto en el que «los impulsos políticos genuinamente socialistas en pro de la justicia y de la libertad iban desfalleciendo cada vez más, mientras que, por otro lado, su fanática creencia en un desarrollo suprahumano eternamente ascendente se había hecho cada vez más fuerte», H. Arendt, *The Jewish Writings*, cit., pp. 351-352.

³² Véase su mordaz descripción de un Congreso por la Libertad Cultural celebrado en Rávena: cartas a Blücher, 12-17 de septiembre de 1955.

³³ Carta a Blumenfeld, 26 de diciembre de 1956.

³⁴ Véase H. Arendt, «The Destruction of Six Million» [1964], *The Jewish Writings*, cit., p. 493; y E. Young-Bruehl, *Hannah Arendt*, cit., p. 455.

³⁵ Cartas a Jaspers, 10 de junio y 1 de octubre de 1967.

Lo que te confunde es que mis razonamientos y mi aproximación son diferentes a lo que estás habituado; en otras palabras, el problema es que soy independiente. Con esto quiero decir, por un lado, que no pertenezco a ninguna organización y siempre hablo en mi propio nombre y, por otro, que tengo una gran confianza en el *selbstdenken* [pensamiento autónomo] de Lessing, del que creo, ninguna ideología, opinión pública ni «convicción», puede ser nunca un sustituto³⁶.

³⁶ H. Arendt, *The Jewish Writings*, cit., p. 470.